



EL MANIQUEÍSMO UTÓPICO DE FRANZ TAMAYO¹

Blithz Lozada Pereira

TERCERA PARTE LA LEYENDA ROSA

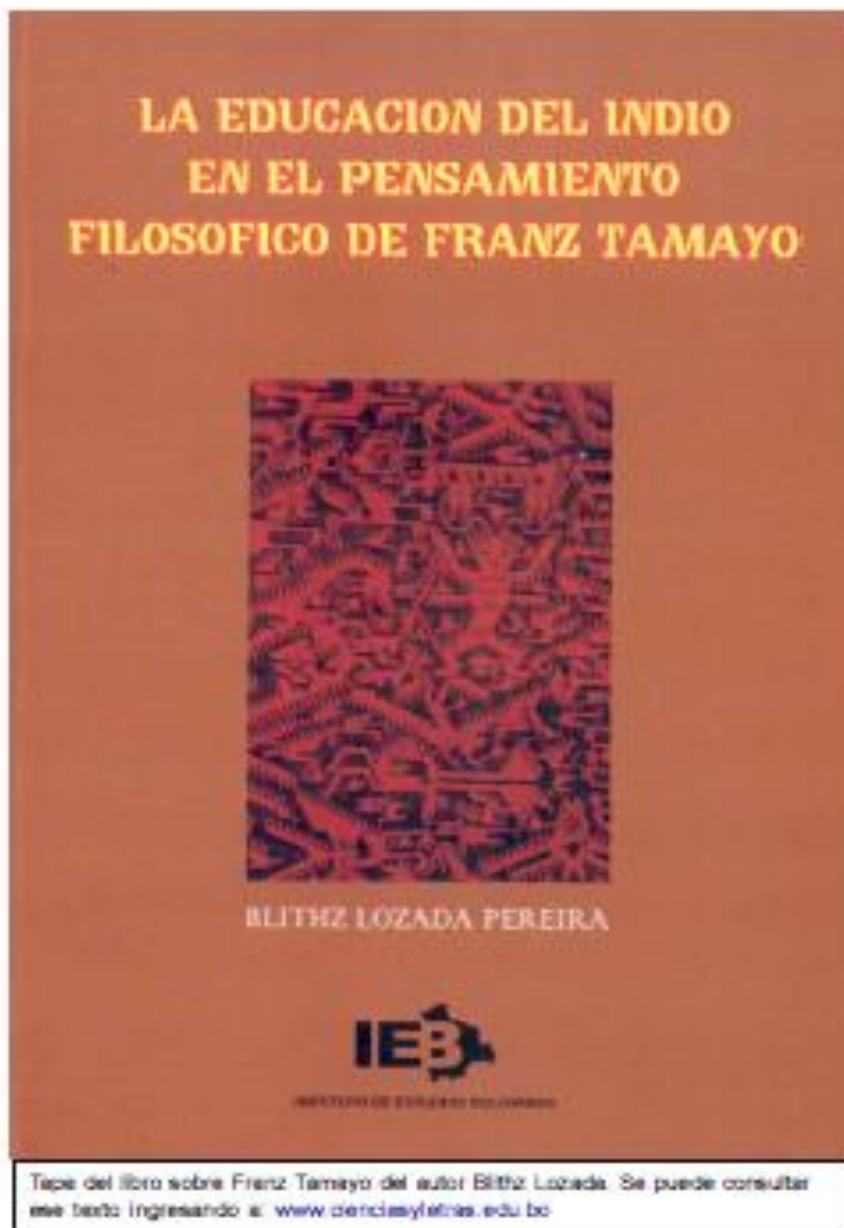
Fatum, Scherzos, Franz Tamayo

A humanizar la piedra
fue el hombre nuevo.
El neomundo es un huevo
que al diablo arredra.
Allí en misterio
lo imposible es posible,
mágico imperio.

La “leyenda rosa” presenta al imperio de los incas como una sociedad perfecta, profundamente sabia y pacífica y con un sistema político inmejorable, habiendo sido caracterizado inclusive como “socialista”. Naturalmente, los sacrificios humanos que los incas efectuaban, especialmente de niños (la *capacocha*), la destrucción cultural de pueblos íntegros por la migración masiva coaccionada (el *mitimayazgo*), la servidumbre que se debía efectuar para la nobleza inca como forma de tributo (el *yanaconazgo*), el trabajo obligatorio en un

¹ Las personas interesadas que deseen ampliar el contenido de este artículo con la lectura de otros textos del autor pueden recurrir al sitio web www.cienciasyletras.edu.bo.

sistema económico despótico, tanto en la construcción de caminos, palacios y ciudades como en la explotación de las minas del Inca (la *mita*) para la “leyenda rosa” carecen de relevancia, por lo que en general, no son mencionados. En otros casos, se los distorsiona haciéndolos aparecer como *respetables* concepciones espirituales (es decir *animistas*) como formas de integración cultural que preservarían las *diferencias* o como una sabia organización económica y política en el mejor mundo posible.



La “leyenda rosa” presenta como una cualidad social que la población incaica se dividiese entre los productores que trabajaban la tierra; y quienes se encargaban de desempeñar los roles políticos o religiosos. Muestra como una necesidad invariable que exista una clase

formada por una estrecha cúspide estatal con la nobleza teocrática en el vértice. La leyenda presenta a los “orejones” como benevolentes y sabios aristócratas, en general emparentados con el Inca y que realizaban una administración local impecable. Señala como algo “original” en grado extremo que los incas realizaran el culto al Sol, que tuvieran séquitos religiosos con vírgenes consagradas, que hubiese encargados para controlar las estadísticas imperiales, que el ejército haya sido poderoso y feroz, que los incas hubiesen afianzado su poder con ingeniosas formas de comunicación, vertebración y transporte, que hubiese artesanos talentosos para trabajar exclusivamente para las élites y que estar al servicio personal del Inca habría sido un *honor*.

Los miembros de la sociedad que se ocupaban de las labores productivas (los *hatunrunas*) que cultivaban la tierra para el Inca y sus parientes, para el sistema político local, para quienes realizaban el culto y para los esclavos en los caminos y las minas aparecen en la “leyenda rosa” como *alegres* agricultores. Se trataría de familias sin necesidades económicas, aunque sus posesiones fuesen precarias. También aparece como algo “natural” en la historia, por ejemplo que frente a los pocos utensilios de los *hatunrunas* incluidos algunos vestidos y frente a su derecho de tener una sola mujer, los “orejones” habrían dispuesto de adornos preciosos, varias mujeres, esclavos y de acceso exclusivo a la educación militar, viviendo en espléndidos palacios que extremaban las diferencias.

Tamayo repitió y fortaleció sin más la “leyenda rosa” cantando al esplendor de los palacios y expresando su pesar por la caída del Cusco. Así según el poeta, se habría consumado el oprobio que España vertió sobre la libertad sagrada de los incas: el infortunio habría cercenado abruptamente la *carrera* que los incas desplegaron por el *camino de la gloria*:

Diga yo cuales fueron los regios monumentos,
de tus soberbias plazas, del arte honra y blasón
morada de los Dioses, ciudad cuyos cimientos
fueron lechos de plata, vetas de oro en filón.
Allí fueron palacios, templos y fortalezas,
divinos santuarios y alcázar imperial.
Torres que entre las nubes hundían las cabezas,
mientras la raíz clavaban al tártaro eternal.
Murallas de granito, artesones y ojivas,
selvajes y jardines de oro y rosicler;
imágenes y estatuas de Reyes y de Divas,
símbolos misteriosos de gloria o de placer!
Pórticos, atrios, muros, sombría columnata,
dó marcaron sus glorias el cincel y el buril;
frontis que se adornaron de armiño y escarlata,
de esmeralda y topacio, de azur y de marfil².

La “leyenda rosa” presenta a las clases dominantes del imperio incaico, los “orejones” como el segmento que por su linaje, es decir por derecho divino y natural habrían estado desde siempre destinados a gobernar honrando al Sol. La leyenda presenta las relaciones de poder de los incas sobre los señoríos aymaras en el Collasuyo por ejemplo, no como rela-

² Véase *Odas, verso y prosa*. Editorial Juventud, La Paz, 1987. “La ciudad del Sol” de 1895, pp. 27-8.

ciones de opresión, no como dominio político y militar, no como imposiciones tributarias de productos y servicios personales, sino como un orden *espontáneo* y conveniente en el que gracias a la superioridad de los líderes se organizaba al pueblo. La supresión de las costumbres de las colectividades sometidas, la imposición de la religión y de la lengua y la exacción a través de tributos de por vida, aparecen según el relato idílico de los incas como pacíficas relaciones de *enseñanza*, paternales motivaciones para trabajar y el gozo colectivo de una *felicidad* sin límites en un sistema que discursivamente, desconocería la escasez. Expresando tal tendencia, Tamayo refirió la sociedad inca como un “mágico imperio”.

La “leyenda rosa” muestra al Inca no como un déspota despiadado capaz de someter a pueblos íntegros e inclusive de destruirlos, sino como un soberano benevolente garante de la paz. Se trataría de un dios entre los hombres, encargado de controlar el trabajo, el comercio y la circulación de bienes resguardando que los más abundantes, los preciosos y los mejores sean de *su* propiedad. Cuando lo disponía, el Inca aplicaba el *mitimayazgo* consistente en trasladar a pueblos enteros a territorios distintos de su origen. Los emigrantes se dispersaban, no continuaban ninguna forma de resistencia al imperio y eran influidos por el contacto con otras culturas ya sometidas. La leyenda presenta al Inca como un soberano cuyo linaje superior y divino era reconocido por todos de modo que sus decisiones habrían sido asumidas como el orden cósmico sancionado por los dioses.

Que los incas combinen la ocupación militar de los cuatro suyos, la ferocidad de sus acciones bélicas en contextos de conquista con el convencimiento y la propaganda también es presentado por la “leyenda rosa” como una *excepcional* cualidad cultural precolombina. Sin embargo, el culto al Sol tenía propósitos políticos prosaicos y evidentes. Asumir al Inca y a la Coya como descendientes del Sol y de la Luna respectivamente, visualizarlos como los herederos de los dioses cosmológicos, emparentarlos con Wiracocha y con el mar y la tierra de esencia divina formaba un imaginario colectivo por el que los tributos se convertían simbólicamente en ofrendas para los dioses.

Las narraciones sobre el origen sobrenatural del linaje de los gobernantes hicieron de los destinatarios del tributo y de los líderes déspotas, personas que detentaban un poder sin límite, capaces sin embargo de realizar acciones bienhechoras. Ellos habrían sido la descendencia divina, los herederos de sus padres y madres epónimos: gobernantes asociados con los héroes civilizadores, fundadores en el centro del mundo de un imperio perfecto que dominaba la totalidad del Tahuantinsuyo. Franz Tamayo cantó “A España”, la responsabilizó de la destrucción de la magnificencia andina, de la *libertad* incaica y de la majestad de una sociedad pletórica de grandeza.

La América! Su nombre debía ser tu gloria,
su grandeza la tuya, tuyo su porvenir.
Su historia de gigante debía ser tu historia,
y junto a ella, (otra reina), debías tú vivir! (...)
La patria de Atahuallpa te impreca por mi boca,
¿qué hiciste de sus tronos, qué de su majestad?
Embriagada de triunfos y de victorias loca,
¿qué hiciste de ese mundo, qué de su libertad? (...)

Sus tronos en cenizas, sus ciudades en ruinas,
 sus glorias en olvido y en su pecho un puñal;
 como una tempestad sobre un bosque de encinas.
 Tal pasaste sobre ella, cruel, feroz, fatal! (...)
 Donde hallaste un palacio dejaste tú un sepulcro;
 donde encontraste glorias dejaste esclavitud.
 No le valió a la virgen ni su semblante pulcro,
 ni al guerrero el valor, ni al viejo la virtud! (...)
 ¡Víctima inmensa! España, la inmolaste en tres siglos,
 Si los muertos surgieran a correr de ti en pos,
 apenas te dijera la tropa de vestiglos:
 ¡La gloria te cobija; mas te rechaza Dios! (...)
 Si es su musa un espectro jamás será un demonio;
 ese espectro es la patria; sus duelos legó-nos!
 Oh! España, escucha el eco del triste patrimonio:
 ¡La gloria te proclama; mas te maldice Dios!³

España para el joven poeta sería objeto de las maldiciones de Dios por aplastar la gloria americana, por reducir magníficos tronos a cenizas y ciudades espléndidas a ruinas. España habría clavado según Tamayo con crueldad, ferocidad y fatalidad el puñal artero de la conquista, violando, sojuzgando, sometiendo y depravando. Más inclusive, el origen de los peores males americanos tendría procedencia ibérica, al respecto en 1924 Tamayo escribió: “La decadencia prematura de la América española viene de indisciplina. La América indígena no la afectaba, ya que pudo edificar los imperios más regulares. La indisciplina es pues de origen español”⁴. Así, España habría destruido militar, económica y culturalmente todo vestigio vernáculo, convirtiendo a los Andes en una víctima secular incapaz de superar su estupor después del alarido y el pavor que le ocasionó la conquista siendo receptáculo de sus males y vicios:

Cuando el puñal ibero
 l’hubo transido,
 ese mundo agorero
 dio un alarido!
 Después, pavora,
 y un estupor de siglos
 que aún dura, aún dura!⁵

El romanticismo del discurso evangelizador y de modo extremo, de la “leyenda rosa” se ha correlacionado con la “utopía andina”. Se trata del “regreso al Tahuantinsuyo”, es decir la construcción de una sociedad homogénea compuesta sólo por indios. Después de la desorganización y el caos que se dieron por la conquista y la colonia, los sustentadores de la *utopía* comenzaron a abogar por los explotados, los parias y los subalternos seculares,

³ *Odas, verso y prosa*. Op. Cit., pp. 58 ss. La composición lírica es de 1896.

⁴ *Proverbios sobre la vida, el arte y la ciencia*. Segundo grupo de fascículos de 1924. Cfr. la compilación de Mariano Baptista Gumucio *Franz Tamayo: Obra escogida*, Biblioteca Ayacucho, Caracas, p. 176.

⁵ *Scherzos*. Editorial Juventud. La Paz, 1987, p. 279. La estrofa titula “Stupet”.

asignándoles un rol mesiánico: ser constructores del mañana, adueñándose de su destino, la historia y el territorio andino. En la mayor parte de los discursos utópicos, el *regreso* se realizaría gracias a la unidad andina general. La visualización de un pasado idílico imaginado daría lugar a un futuro radiante en el que se plasmaría un tiempo de gobierno con sabiduría y equidad. Analizando la “utopía andina” Alberto Flores Galindo argumenta que desde el siglo XVI hasta el XX, en las “encrucijadas históricas” que vivió el hombre andino habrían resurgido con mayor o menor fuerza los “proyectos utópicos”, orientando las movilizaciones indígenas y definiendo la identidad de los actores históricos⁶.

La “leyenda rosa” se fortaleció en una relación de mutua influencia con la “utopía andina”. Desde el siglo XVI, movimientos políticos y culturales con participación indígena proclamaron el retorno a un idealizado mundo prehispánico haciendo de la “leyenda rosa” una utopía de regresión. Desde Vilcabamba y el *taqui onqoy* hasta las multitudinarias rebeliones campesinas lideradas por los Amaru y los Catari en el siglo XVIII reivindicaron una utopía onírica y fantástica. En el siglo XIX hubo inclusive en Perú “guerras de castas” en los centros urbanos y en el XX, movimientos campesinos contra la hacienda en defensa de la comunidad y en búsqueda de educación. En estos momentos de la historia, estuvieron presentes con una influencia incisiva los discursos mesiánicos y utopistas que presentaron como una finalidad política idealizada, el pasado de un mundo indígena que nunca existió.

⁶ Cfr. *Buscando un inca: Identidad y utopía en los Andes*, Editorial Horizonte. Lima, 1988, pp. 70, 413 ss. También véase mi libro, *Cosmovisión, historia y política en los Andes*. Cima producciones. La Paz, 2ª ed. 2008, p. 177.